

La cultura del tedio

Víctor Pliego de Andrés

Recientemente se ha publicado el *Informe SGAE sobre hábitos de consumo cultural* (Fundación Autor, 2000), es el resultado de una investigación realizada a partir de 24.000 entrevistas efectuadas en todo el territorio nacional durante los años 1997 y 1998. Es un informe que pretende ayudar a los empresarios, amablemente denominados *operadores culturales*, a planificar sus proyectos. El título del informe es exacto pero contradictorio, porque el consumo es lo opuesto a la cultura: el consumo es gasto, merma o dispendio, mientras que la cultura es creación y transformación. La cultura no consiste en gastar tiempo, esfuerzo y dinero en cines, libros, televisores, discos o espectáculos. No es una mercancía de consumo como la gasolina, los alimentos, el agua o la electricidad. Es algo muy distinto, que no se compra ni se vende. La cultura más libre y valiosa es en realidad aquella que se desarrolla al margen del mercado. Los productos de mayor éxito comercial (libros, discos, películas, espectáculos...) suelen ser auténticas basuras, porque el verdadero negocio está en vender cosas insustanciales, cuyos costes de producción sean insignificantes en proporción a las ganancias que puedan obtener con ellas sus promotores. Las industrias *culturales* más lucrativas son aquellas que trabajan con mercancías evanescentes tales como la música o el cine, que no son en definitiva otra cosa que lejanos ecos sonoros y reflejos luminosos en medio de una sala oscura. La clave de este mercado no reside en la calidad ni en el contenido de las mercancías, sino en la promoción que de ellas se haga. El gran éxito mundial de la música española fue, no hace mucho, *Macarena*. Ésta es la imagen de nuestra cultura que ofrece la industria del ramo al resto del mundo.

El informe sobre el consumo cultural analiza, a través de cinco grandes capítulos, las actividades audiovisuales, escénicas, musicales, de lectura y de tiempo libre. Incide, como es lógico, en los campos más directamente relacionados con la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) que lo ha promovido y apenas trata otros aspectos. Evidentemente, resulta muy difícil delimitar el alcance de las actividades culturales. También podemos considerar que son *cultura* los deportes, los viajes, los espacios naturales, los monumentos, la gastronomía, pasear, contar cuentos, las verbenas y demás fiestas populares, la arquitectura, las fuentes y los jardines, los toros, las procesiones, ir de copas, ver pasar las nubes... Todo aquello que contribuye, en definitiva, a mejorar la vida de las personas más allá de la supervivencia, sin que necesariamente se tengan que gastar dinero para ello. *El Informe mundial sobre la cultura* (Acento Editorial, 1999) de la UNESCO que acaba de aparecer, hace una reflexión más honda sobre la cultura, valorando la pluralidad de sus manifestaciones, la dificultad para aislar indicadores, su relación con la pobreza y con la educación.

El informe de la Sociedad de Autores y Editores es, a pesar de sus limitaciones, un instrumento muy interesante para hacer un diagnóstico de la cultura en nuestro país. La comparación con la encuesta realizada en 1991 por el Ministerio de Cultura permite observar la evolución del sector en el transcurso de los últimos años. El consumo cultural ha crecido en términos generales, pero el índice de lectura ha disminuido. La mitad de la población nunca lee un libro y solo un tercio lee al menos una vez por semana. A pesar del retroceso de los hábitos de lectura, la compra de libros se mantiene estable. Tal vez se compran más libros de los que se leen. Se escucha mucha música, pero la asistencia a conciertos, particularmente de música clásica, es muy escasa. La mitad de los ciudadanos tampoco va

nunca al cine y tres cuartas partes nunca visitan un teatro. Los jóvenes acuden hoy menos al teatro que hace unos años. En el capítulo de actividades de ocio, se advierte un aumento de la práctica del montañismo y del senderismo, del baile y de los juegos de ordenador, mientras que descienden los juegos de mesa, las labores de punto y bordado, la jardinería y el coleccionismo. La actividad *cultural* más importante es, con enorme diferencia, ver la televisión, menester al cual la población dedica una media diaria de tres horas por persona. La media de lectura, entre quienes practican tan sano ejercicio, es de cinco horas semanales.

Son tantas las actividades que tenemos que desplegar para ser cultos que sólo de pensarlo me entra agobio por todo el tiempo y dinero que hay que invertir en películas, conciertos, espectáculos, exposiciones, museos... El tiempo cunde más yendo despacio o no haciendo nada. El libro de **Pierre Sansot** titulado *Del buen uso de la lentitud* (Tusquets, 1999) contiene los sabios consejos de un viejo profesor de filosofía, que reivindica el noble arte de perder el tiempo saboreando pausadamente los momentos intrascendentes de la vida, dando sin ninguna prisa la debida importancia a cada persona y acontecimiento. **Sansot** critica especialmente el exceso de actividades culturales y reivindica el derecho a no hacer nada, a no leer, a esperar, vagar, aburrirse, soñar, descansar, escuchar... Recuperar en definitiva la voluptuosa sensación del tedio.